

R 132169

P'U SUNG-LIN

# CUENTOS EXTRAÑOS

ADAPTACIÓN CASTELLANA  
DE  
RAFAEL DE ROJAS Y ROMÁN

CENSURA

\*

ILUSTRACIONES DE D'IVORI



EDITORIAL ATLÁNTIDA  
BARCELONA



## PRÓLOGO

**H**E aquí una corta selección de los célebres cuentos del famoso escritor chino P'u Sung-Lin, llamado Lieu Sien, o sea El Inmortal desterrado; tanta es la admiración que le tienen sus compatriotas, que casi le divinizan, considerándole como un dios perdido en la tierra.

Nació en 1622, y sus cuentos no fueron impresos hasta después de su muerte, en 1740. La colección, que es numerosísima, pues comprende nada menos que dieciséis volúmenes, se llama en chino «Liao Tschai Tschí I.» Cuentos extraños de Liao Tschai, que era el nombre de la casa del escritor.



*P'u Sung-Lin es considerado como uno de los más puros clásicos de la literatura china; un verdadero maestro de la prosa concisa y bella, como no se había escrito en su país desde los tiempos antiguos.*

*Por su fantasía inagotable para los temas de carácter sobrenatural y misterioso, se le ha comparado con Hoffman; pero es sin duda el chino mejor escritor, y sobre todo más artista, que el famoso cuentista europeo.*

*La gracia, la fantasía, la vivacidad, la sabia gradación de los efectos, son cualidades esenciales de este gran escritor oriental; sabe interesarnos, casi alucinarnos, sin acudir a efectismos ni bajos artificios, con sólo narrar objetivamente, punto por punto, con orden lúcido—como decía Horacio—las creaciones de su prodigiosa fantasía.*

*La enérgica sobriedad y seriedad de su estilo le colocan entre los mejores prosistas de la humanidad.*

*Tales cualidades de escritor y poeta, son las que más pueden interesarnos de su obra. En cuanto a lo que pueda haber en estas narraciones de esoterismo, de ocultismo, de simbólico y otras cosas por el estilo, es completamente secundario; y no sólo para nosotros, sino que también lo fué, sin duda, para él. Artista sobre todo, lo que a él le importa es el placer de inventar y de narrar.*

*Los elementos que toma de las doctrinas que todavía se disputan la preponderancia en su país, le interesan, ante todo, por su valor poé-*

*tico: lo mismo le da tomarlos del confucianismo puramente moralista, como del misterioso y mágico taoísmo, como del ascético budismo.*

*A veces mezcla sabiamente los elementos de todas estas doctrinas, para lograr mayores efectos de arte y profunda sugestión de belleza.*

*Entre las traducciones que se han hecho de estos cuentos a diversas lenguas europeas descuella, por su perfección y por comprender íntegra la obra del escritor chino, la escrita en lengua inglesa por Mr. H. Giles.*





EL POZO DE LAS TINIEBLAS



**T**AI era un joven de Nankin, muy ligero de cascos y desenfrenado.

Un día, después de una francachela con sus amigos, se volvía a su casa, cuando por el camino halló a su difunto cuñado Ki. Con la cabeza llena de los vapores del vino, ni siquiera se acordaba de que su cuñado había muerto; y como si tal cosa le preguntó dónde habitaba entonces.



—Poca memoria tienes—le replicó su cuñado—; yo no soy sino un fantasma.

Tai se quedó lleno de asombro; pero el vino le quitaba el miedo y preguntó al fantasma:

—¡Ah, vamos! Y ¿qué haces ahora?

—Pues mira, por el momento soy segundo secretario del Rey de la Rueda giratoria.

—De ese modo debes de conocer el destino de las personas.

—Esa es mi ocupación, precisamente. ¡Claro que lo conozco! ¡Y el trabajo que me da mi tarea! Y mira qué casualidad: no ha mucho tiempo, hojeando mis registros, hallé tu nombre.

—¿Y qué decían de mí tus registros?

—La verdad, no quiero engañarte: Tu nombre está designado para la cárcel de las tinieblas.

Del susto se le pasó a Tai la borrachera y exclamó:

—¡Sálvame, Ki, cuñado bueno; sálvame, que tú puedes hacerlo!

—La única manera de poder salvarte consiste en que hagas buenas obras. Pero son tan numerosas tus acciones perversas, que te sería necesario un grande esfuerzo. ¿Podrías hacerlo? Si cada día pudieras hacer sólo una buena obra, necesitarías más de un año para redimirte. Y es ya demasiado tarde. Con todo, si logras hacerlo, acaso podrás salir un día de las prisiones subterráneas.

Al oír aquellas palabras, Tai se anegó en lágrimas y cayó al suelo, abatido por la desesperación. Cuando alzó la cabeza, Ki había desaparecido. Volvió a su casa lleno de congoja, y



proponiéndose de purificar su corazón, reformar su conducta, y evitar los pecados.

No hacía mucho tiempo que había seducido a una vecina suya; el esposo de ésta lo sabía, pero por temor del escándalo había fingido ignorarlo. Cuando Tai mudó de vida, puso fin a aquellas relaciones pecaminosas; al notarlo el marido, como ignoraba el motivo de aquel cambio, temió algún mal propósito de su rival. Un día encontró a Tai en el campo, y le dió conversación al tiempo que lo iba acercando, como si fuera por casualidad, a un pozo abandonado que había por allí.

Cuando estuvieron junto al pozo, el marido burlado dió un violento empujón a Tai, que se precipitó en aquella profundidad. Como era muy hondo, el vengativo esposo creyó firmemente que Tai había muerto.

Pero Tai recobró el sentido, y al volver en sí en medio de aquella obscuridad y sentir el cuerpo dolorido por la caída, se puso a gritar pidiendo socorro. Pero la única persona que le oyó fué su agresor, que volvió al pozo y, para rematar al joven, arrojó allí una gruesa piedra.

Viéndose más encerrado todavía en aquel pozo, no se atrevió a seguir gritando; pero su enemigo, para asegurarse del resultado de su crimen, cubrió con tierra el orificio del pozo.

Tai quedó sumergido en las más profundas tinieblas; entonces creyó hallarse en la prisión que le había predicho el fantasma. Como no tenía nada para comer, tuvo por cierta su muerte. Intentó andar a rastras para explorar aquel



suelo, pero notó que se hallaba en un espacio de tres pasos a lo más, rodeado de agua. No pudiendo, pues, moverse, se quedó sentado. Notó que el hambre sentida en los primeros momentos se le iba calmando.

Pensó que en aquel antro no era posible ejecutar ninguna buena obra que lo redimiese, y se redujo a invocar repetidamente, en alta voz, al dios Fo (1).

Entonces vió unos fuegos fatuos que iban de acá para allá, y cuyos resplandores llenaban el espacio. Se puso a rogarles. Había oído decir que los fuegos fatuos eran almas en pena; pensó que, aunque estaba vivo todavía, no podía ya tener esperanza de volver a conversar con sus semejantes, y que aquellas almas en pena podrían darle algún consuelo.

Entonces advirtió que los fuegos fatuos venían por el agua hacia él, y que en cada uno de ellos había la figura de un hombre, cuya estatura no era mayor que la mitad de un hombre ordinario. Tai les preguntó de dónde venían.

—Esto—le respondieron—es un antiguo pozo de carbón de piedra. El amo de este pozo no tuvo cuidado en profanar, con los trabajos que ordenaba, una tumba antigua que había en el fondo. Entonces el señor Lung-fei, por la brecha que había sido abierta, precipitó el agua del mar que sumergió a cuarenta y tres obreros; nosotros somos sus fantasmas.

—¿Y quién es el señor Lung-fei?

(1) La suprema divinidad de los budistas. — (N. del T.)



—No sabemos acerca de él sino que es un sabio que se halla hoy al servicio del genio de los subterráneos. Se ha compadecido de nosotros y no nos ha castigado. Cada cuatro o cinco días nos da agua y arroz, y se propone que nuestros huesos sumergidos sean un día salvados. Si algún día volvéis a la tierra, ¿queréis pedir que los saquen de aquí, y se les dé la debida sepultura? Nos haréis mucho bien a los que nos hallamos aquí encerrados.

Tai respondió:

—Por poco que yo pueda no dejaré de hacerlo. Pero si mi cuerpo se halla ya en el infierno, ¿qué esperanza puedo tener de volver a ver la luz del día?

Pidió, pues, a los fantasmas que rogaran a Fo según las fórmulas rituales, para que algún día pusiera fin a su encarcelamiento. A ratos se acostaba para dormir; a ratos se despertaba y permanecía sentado; y así pasaba el tiempo. Finalmente, vió aparecer en lo profundo de la obscuridad el resplandor de una lámpara.

Todas aquellas almas gritaron muy alegres:

—Aquí viene el seyor Lung-fei que nos trae la comida.

Invitaron a Tai a comer con ellos; él no se atrevía por temor del agua; pero lo arrastraron por fuerza, y de pronto se sintió levantado en el espacio. Después de haber recorrido en vueltas y revueltas unas doscientas toesas lo dejaron en el suelo y le dijeron que caminara subiendo. Le pareció subir por una ancha escalera en cuya cima vió una sala, y luego una capilla iluminada



en lo alto por una antorcha gruesa como el brazo. Tai, después de tanto tiempo de no haber visto el resplandor del fuego, sintió un gozo arrebatador, y entró corriendo. En el fondo de la capilla estaba sentado un anciano cubierto con los severos vestidos de los sabios. Tai se quedó parado, y el anciano, también muy sorprendido, le preguntó cómo era posible que un hombre vivo se hallara en aquel lugar. Tai se postró a sus pies, y le contó su historia.

—Vos sois mi descendiente—dijo el sabio.

Le permitió levantarse, sentarse, y le explicó que también se llamaba Tai, y su apellido era Lung-fei; que tiempo atrás, uno de sus descendientes indignos, llamado Tang, un verdadero bribón, había abierto un pozo, y con ello había perturbado aquella residencia subterránea de su antepasado; éste le había castigado sumergiéndolo en las aguas de la mar. Luego pidió a Tai noticias de sus herederos. Porque el bisabuelo de Tai había tenido cinco hijos, el mayor de los cuales era Tang, el que había abierto la mina. En efecto, personas influyentes de su ciudad le habían persuadido a extraer carbón junto a la tumba del sabio abuelo. Sus hermanos, aterrorizados por aquella profanación, por mucho que hicieron y le rogaron, no pudieron impedirla. Vino la catástrofe; y los familiares de los obreros que en ella perecieron, obligaron a Tang y a sus asociados a indemnizarlos. Así, los nietos de Tang eran en la actualidad muy pobres.

Ahora bien: Tai era nieto de aquel Tang. A menudo había oído contar aquella historia como



acababa de referírsela el sabio del subterráneo.

—Todos ellos son descendientes indignos de mí. ¿Cómo queréis que puedan ser felices? Pero, vamos, ya que os encontráis aquí, es menester que os ayude en vuestros propósitos de enmienda.

Entonces le dió de comer y de beber; luego puso sobre la mesa un libro de noble y santa literatura, y mandó hacer a Tai ejercicios de redacción y comentario, como un maestro a su discípulo.

La antorcha seguía ardiendo, sin que fuera menester despabilarla. Cuando Tai estaba cansado se dormía. No había allí abajo ni día ni noche.

Cuando el abuelo se ausentaba, dejaba un joven esclavo al cuidado de Tai.

Le parecía que habían pasado ya muchos años, y no sentía tristeza alguna. No tenía más libro que aquél: constaba de cien capítulos, y cada capítulo, de más de cuatro mil palabras. Un día, el abuelo le dijo:

—Vuestra penitencia se acabó; debéis volver a la superficie de la tierra. Mi tumba se halla junto al pozo, y la humedad atormenta mis huesos. Cuando hayáis cumplido vuestro voto, transportadlos a la colina del Este.

Tai se lo prometió de muy buena gana. Entonces, el abuelo llamó a los fantasmas, y les ordenó que acompañasen a su huésped hasta su primera residencia. Todos acudieron corriendo, y el sabio les repitió su mandato. Tai no podía figurarse cómo saldría de allí.



Quando había desaparecido de la tierra, lo habían buscado por todas partes, y su madre había encargado las investigaciones pertinentes al prefecto y a sus empleados. Pero no se obtuvo ningún buen resultado. Pasados cuatro años, el gobernador fué substituído, y nadie pensó más en aquello. La mujer de Tai, no pudiendo soportar su soledad, se fué de la población, y al cabo de poco tiempo se volvió a casar. Entonces fué cuando los habitantes de la aldea se pusieron a recomponer el antiguo pozo y, con grande sorpresa, hallaron a Tai. Lo tocaron y examinaron, y vieron que vivía.

Lo subieron en seguida a la superficie y pronto se restableció y pudo contar su historia.

Entonces supo que, después de haberlo arrojado al pozo, su vecino había matado a su mujer a fuerza de palizas. El suegro lo hizo procesar. Después de haber pasado un año en manos de la justicia, había vuelto a la capital, tan desmejorado, que estaba en los huesos. Al saber que Tai había sido hallado, huyó lleno de temor. Los parientes de Tai querían procesarlo, pero Tai no lo permitió.

—Lo que me ha sucedido ha sido por sentencia del infierno. ¿Qué tiene que ver mi vecino con ello? El ha sido el ejecutor, y nada más.

Quando el vecino se hubo persuadido de que Tai no cambiaría de parecer, se atrevió a regresar.

Una vez se hubo secado el pozo, Tai contrató varios obreros para sacar de allí los huesos de los que habían muerto sumergidos. Procuró que

cada cual tuviese su ataúd y su tumba aparte. Luego buscó en los anales de la ciudad el nombre de su sabio antepasado, efectuó un sacrificio en su tumba y celebró su poder y su talento. Aquel año fué muy próspero para él.

Finalmente hizo transportar los huesos de su abuelo a una hermosa tumba situada en la colina del Este. En primavera y en otoño iba a rendirle homenaje, y vivió prósperamente todo el resto de su larga vida.

